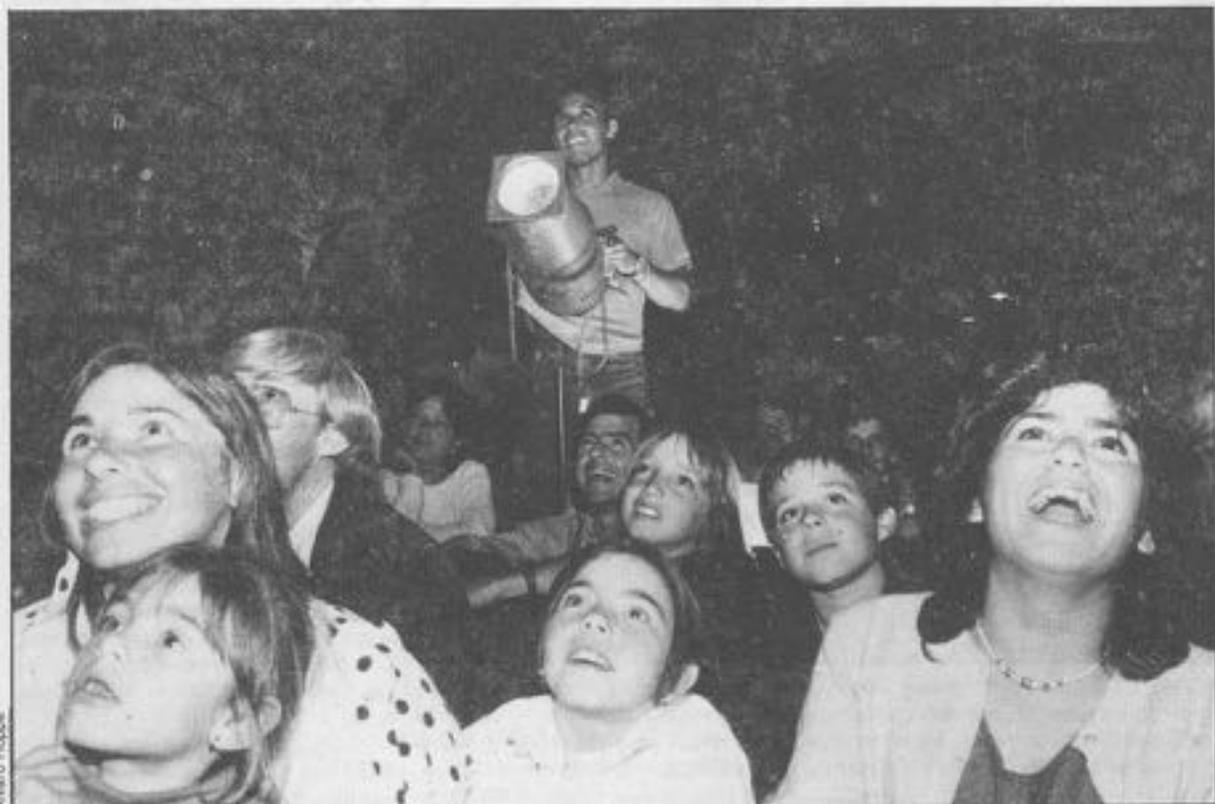


Teatro Callejero

Pérez, el aglutinador

Claudia Donoso



Andrés Pérez maneja el reflector: aplausos sin avaricia.

El actor es un atleta del corazón: palabra de Antonin Artaud. Los integrantes del Teatro Callejero usaron continuamente ese músculo durante casi un mes y a razón de tres funciones diarias, cubriendo con sus zancos, andamio y carnaval buena parte del territorio de Santiago: de la población La Victoria al Festival de Bellavista, del Parque Forestal a la población La Bandera, pasando por la Plaza de Armas y por la del Mulato Gil. El público muchas veces los siguió de un barrio a otro y aprendió parlamentos y canciones aplaudiendo sin avaricia y sin la presión del precio de la entrada, que más de alguna vez condiciona la permanencia en el recinto cerrado de una sala.

El grupo de actores aglutinados por la presencia de Andrés Pérez (que vino a Chile después de tres años de trabajo con la directora Arianne Mnouchkine en el *Théâtre du Soleil* en París) se entretuvo casi más que los espectadores: "Una cosa que comprendimos fue que el actor funciona tanto para divertir al público como para entretenerse a sí mismo y a sus compañeros", dijo Aldo Parodi mientras cruzaba una calle cargando unos sacos negros hacia el camión que los transportaba, a los

sacos y a los actores, de un sitio a otro.

Cuando llegó Pérez, sus amigos —algunos de los cuales habían trabajado con él en la primera época del Teatro Callejero, en 1981— llegaron al aeropuerto portando banderas de colores. "Es que aquí ya estaba el germen para echar a andar un proyecto de intención superfestiva. Faltaba él, no más", explica el director teatral y actor Guillermo Semler.

Se juntaron a almorzar en una parcela y ese mismo día empezaron a

crancar. Al antiguo grupo se unieron otros actores y Andrés Pérez propuso una idea abierta y central: "Todos estos años", título que fue el definitivo para la obra. Salieron varias historias para componer esta obra colectiva. En una de las reuniones, Pérez invitó a auscultar "el payaso que llevamos dentro". María Izquierdo no tardó en encontrar el suyo: "Me pase una media en la cabeza y en el patio encontré uno de esos pulpos de goma que venden en todas las esquinas. Me acordé de un sobrino mío que vive en Chiloé; entonces entré, hice un gesto así con la boca y dijo que sería el parlamento de mi personaje en la obra: 'Hola, yo soy de Chiloé... esto me encontré'. Al tiro se rieron. Estaba listo el personaje".

El efecto instantáneo que produjo María Izquierdo con su pulpo de goma es lo que Pérez llama "la evidencia": "Es lo que hace que uno inmediatamente reconozca, a partir del sentimiento, que sí, que la cosa camina, que la máscara funciona, que ese que

está en el escenario es el pirata, el Matamoros, la enamorada o el Arlequín".

Fue con sus evidencias que Pérez se ganó a los tres personajes que interpreta en el *Soleil*, en la obra "La historia terrible pero inacabada de Norodom Sihanouk, rey de Camboya". En la compañía trabajan 51 actores de 19 nacionalidades diferentes: "Todos tenemos derecho a probar todos los personajes que queramos. La única exigencia es que al primer paso que uno dé sobre el escenario encarne lo que era verbo".

MONOS COLGANDO

Sería vano contar de qué se trata "Todos estos años". De hecho, las versiones de los espectadores encuestados por el cineasta Carlos Flores, quien filmó todas las funciones, fueron vagas y disímiles. "Se trata de unas personas

que andan buscando algo y se encuentran con una mina que resulta ser la de Tutankamón", dijo un adulto que vendía melones en La Bandera. Un adolescente consultado en las proximidades de la Catedral señaló: "Es más que nada una sátira. Se reían de la avaricia". Y un niño en La Victoria: "Yo entendí que era algo como protesta porque habían monos colgando como los que nosotros quemamos en los postes".

Los "monos" de Maya Mora, muñecos gigantes y giratorios, formaban parte del clima de carnaval. Lo mismo sucedía con el vestuario y las pancartas gráficas de esta diseñadora. Mientras sobre el andamio comenzaba una de las historias sobre "unas gentes que se quedan en la ribera y de otros que se alejan por mar de ella", los actores agitaban las efigies de unos cuantos héroes contemporáneos: estaban Yuri Gagarin, Leonardo da Vinci, Budha, "los dos Carlos: Chaplín y el otro"

y también los Beatles.

Esta apelación al mito no es casual: "Es importante buscar elementos que religuen con el mito. Al mismo tiempo, como dice mi maestra Arianne Mnouchkine, sería bueno poner siempre un cartel arriba del escenario que diga 'esto es teatro', para que se sepa que se está levantando un artificio, una metáfora, un rito. Hay que situarse como si uno estuviera sobre una colina contándole un cuento a un pueblo. La voz empieza a no ser realista porque hay viento y el gesto debe ser comprendido desde lejos por una mujer que está en una tienda dándole de mamar a su hijo", dice Pérez.

Otros payasos que salieron con suma evidencia en el curso de las funciones callejeras fueron los de Rodolfo Pulgar y Aldo Parodi. El de Pulgar andaba de la mano con una estrella de mar: "Esta es mi estrella. Se llama Estrella. Cuando yo le digo 'Estrella,

ven', ella viene. Estrella, te voy a dar un abrazo'', y Pulgar extiende el brazo y hace calzar sus cinco dedos con las cinco puntas de la estrella. El payaso de Parodi resultó ser un energúmeno que retaba al público y le escupía las palabras: "Las calles están sucias, están llenas de caras. Lávense el hígado, lávense el colon, lávense los 'intertixios' y váyanse. Váyanse... no, no, no, no, por favor no se vayan, no me dejen, no se vayan, no me dejen sólo".

EL NEGRO NO DESTINE

El teatro que buscan en el *Soleil* privilegia al actor y pareciera que no se va de definiciones teóricas, como si al definir algo se destruyera. Se rescatan las palabras "emoción", "pasión", "magia", "impulso", "encarnación", "energía": "Cada espacio físico tiene su energía propia que le dan las personas que han pasado por ahí, las que están y las que le son ajenas. Entonces llega el teatro callejero y habita esos lugares en el sentido de desprender ahí su energía, de intervenir, de acoplarse, de chocar, de hacer fiesta", cuenta Pérez.

Mucho énfasis se puso en la prensa sobre el tópico criollo del "chileno que triunfa en París" para referirse a Pérez: "Una experiencia en el *Soleil* a cualquiera lo tumba, se afrancesa y se las da de cualquier cosa. No es el caso de Pérez", dice Guillermo Semler. Al respecto, Pérez es tajante: "No me he afrancesado. Allá me hice más chileno que nunca. Mi color de piel, mi forma de moverme, mi estatura hacían que yo fuera chileno inmediatamente, y caí en un lugar donde era muy bonito serlo. Solamente en Punta Arenas cuando yo era niño me gritaron 'indio' en peyorativo. Pero ser indio fue para mí fantástico, porque mi madre me dijo: 'Dígale a esos amigos suyos que el color negro es el color que no destine'".

Fuera de los actores ya mencionados participaron en la experiencia del Teatro Callejero Roxana Campos, Jaime Lorca, Francisco Reyes, Andrea Gaete, Tito Bustamante y alumnos de la Academia de Fernando González y de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile. Los estudiantes apoyaban a los otros como espejo y comentario gestual. Todos quedaron deslumbrados con la venida de Pérez, pero no ciegos: "La experiencia me confirma un credo que tengo desde hace tiempo, y es que en teatro nadie tiene la última palabra, nadie puede definir lo que es el teatro, nadie puede decir esto corresponde y esto no. Lo que cuenta es el resultado con el público", concluye Semler. ●